

Nueva York es una guerra

A propósito de la vida y de la lucha política en Estados Unidos, las observaciones que mencionaba de memoria, y resumiéndolas, se deben a autores norteamericanos de la Nueva Izquierda y, concretamente, a dos ideólogos del SNCC (Student Nonviolent Coordinating Committee): Tom Hayden y Jimmy Garret. Al primero pertenecen las observaciones acerca de que la colectivización comunista no lleva necesariamente (históricamente) al obrero a participar completamente en el poder, es decir, a decidir sobre su propio destino —en todo caso, es justo lo contrario, es decir, que la creación de una «anticomunidad», en la que el trabajador adquiriera una exacerbada conciencia democrática del deber y del derecho a participar

completamente en el poder, puede conducir, como consecuencia, a la colectivización de los bienes—. La observación del comunista como «hombre vacío» se debe a Jimmy Garret. La cito: «Amigo, los comunistas están vacíos, son hombres vacíos. Tienen las mismas ideas rancias, la misma burocracia... Cuando se mezcla entre nosotros, un “commy” muere, y una persona se desarrolla».

Estas observaciones no son mías, pero, en cierto modo, las he adoptado.

En Checoslovaquia, en Hungría y en Rumanía viví entre intelectuales, de manera que, a través de ellos, a través de su zozobra, de su desazón, sentí la zozobra y la desazón de esos países, cuya causa creo que, en líneas generales y a grandes rasgos, puede atribuirse al hecho de que «la revolución no ha continuado», es decir, que el Estado no se ha descentralizado, no ha desaparecido, y los obreros de las fábricas no son realmente partícipes y responsables del poder político, sino que están dominados —hoy en día, ¿quién no lo sabe o no lo admite?— por una burocracia que es revolucionaria sólo por nombre y que, naturalmente, llama «revolucionarios pequeños-burgueses» a quienes, por el contrario, todavía creen que la «revolución tiene que continuar».

El hecho de que en Estados Unidos haya ideólogos no marxistas que han entendido este fenómeno en

términos democráticos —aunque de democracia extremista, exacerbada y casi mística, y que, como tal, es revolucionaria en su ámbito (la creación en el seno de la comunidad norteamericana de una «anticomunidad») — no puede ser más interesante e ilusionante. El SNCC y el SDS, y una infinidad de otros movimientos que, en un todo caótico, forman parte de la Nueva Izquierda norteamericana, me recuerdan, de hecho, a los tiempos de la Resistencia.

En Estados Unidos, pese a mi brevísima estancia, he vivido muchas horas en un clima clandestino, de lucha, de urgencia revolucionaria, de esperanza, típico de la Europa del 44 y del 45. En Europa todo esto ya no existe: en Estados Unidos da la impresión de que está a punto de empezar. No quiero decir que en Estados Unidos haya una guerra civil ni nada que se le parezca, y tampoco quiero vaticinarla: sin embargo, se vive así, como en vísperas de grandes cosas. Los que pertenecen a la Nueva Izquierda (que no existe, tan sólo es un ideal) se reconocen a primera vista, e inmediatamente nace entre ellos esa especie de amor que unía a los partisanos. Hay héroes, caídos, Andrew, James y Mickey —y muchos otros—, y grandes movimientos, grandes etapas de un enorme movimiento popular comprometido con el problema de la liberación de los negros y, ahora, con la Guerra de Vietnam.

Quien no ha visto una manifestación pacifista y no violenta en Nueva York carece de una gran experiencia humana, sólo comparable, repito, a los grandes días de la Esperanza de los años 40.

Una noche, en Harlem, le estreché la mano a un grupo de jóvenes negros (aunque ellos me la estrecharon con recelo, porque era blanco) que llevaban un dibujo de un leopardo en la camiseta: se trata de un movimiento extremista que se prepara para una auténtica lucha armada.

Una tarde, en el Village, vi a un grupito de neonazis que se manifestaba a favor de la Guerra de Vietnam: cerca de ellos, dominados como por una especie de éxtasis extraño y apacible, dos hombres mayores y una joven que tocaba la guitarra cantaban las canciones pacifistas de la Nueva Izquierda: las del Village, que comprende también la izquierda de los *beatniks*, de los drogadictos.

Seguí a un joven sindicalista negro que me llevó a la delegación de su movimiento, un pequeño movimiento que en Harlem cuenta sólo con unos cien afiliados y que lucha contra el desempleo entre los negros: lo seguí a casa de un compañero suyo, un albañil que había sufrido un accidente en el trabajo y que nos recibió acostado en su humilde cama, con una sonrisa afable, cómplice y llena de nuestro olvidado amor partisano.

Subí a un apartamento «burgués», en la parte más sórdida del Village, donde oí las risas histéricas y la acritud aberrante de una intelectual casada con un negro que deliraba manifestando su rencor contra el viejo comunismo norteamericano y contra la Izquierda de la Droga, como si su rabia y su desilusión vehementes debieran hallar respuestas inmediatas en su mundo, hacerse «acción» al momento.

En resumen, he vivido de lleno una situación de descontento y de exaltación, de desesperación y de esperanza: de contestación absoluta contra el sistema. No sé cómo terminará todo esto, o si terminará de algún modo. El caso es que cientos de estudiantes (casi el mismo porcentaje de partisanos entre la población europea en los años 40) marchan desde el Norte hacia el llamado *Black Belt*¹ para luchar junto a los negros con la violenta convicción democrática y casi mística de «no manipularlos», de no intervenir mediante coacción alguna, ni siquiera en su forma más dulce, de no pretender para sí mismos —de una manera casi neurótica— ni el más mínimo atisbo de «liderazgo». Y lo que es más importante: con la convicción de que el problema de los negros, formalmente resuelto con el reconocimiento de sus

¹ Se llama *Black Belt*, literalmente «cinturón negro», a una zona geográfica de EE UU en forma de media luna en la que vive un porcentaje elevado de afroamericanos (N. de la T.).